



CONGREGATIO PRO CLERICIS

V DOMINGO TIEMPO ORDINARIO – B

Citas

Iob 7,1-4.6-7:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9absbjg.htm

1Co 9,16-19.22-23:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9ayxwti.htm

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9bb55hi.htm

Mc 1,29-39:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9bm1zsa.htm

La liturgia de la palabra, en la primera lectura, nos presenta en la figura de Job el tema del sufrimiento inocente. Job es un hombre justo pero muy probado, que dirige al Cielo un grito casi de oración rebelde, por el cansancio y la fugacidad de la propia vida. En él, el problema del sufrimiento del justo se presenta de manera muy enigmática, interiormente dolorosa y, al terminar el pasaje, la respuesta queda como abierta, suspensa en cierto sentido, a la espera de una respuesta de lo alto.

El problema encuentra un eco adecuado en la página del Evangelio, que describe también el misterio del sufrimiento físico. Aquí aparece la suegra de Pedro, afectada por la fiebre.

En este contexto, finalmente, se presenta también una respuesta, que el Señor no da con una explicación teórica, sino con un gesto. Jesús no habla con la mujer enferma, pero se acerca a ella, la toma de la mano y, según afirma el texto, “la fiebre enseguida la dejó”.

La intervención de Jesús no es una enseñanza sobre el tema del sufrimiento humano: es una intervención silenciosa y, precisamente por este silencio, llena de significado, enmarcada en una fuerte presencia de lo físico, que hunde sus raíces en el misterio insondable de la Encarnación. Él toca a la mujer, la levanta, la toma de la mano: establece una relación directa que revela la profunda y perfecta participación de Jesús en el dolor humano, en el dolor “encarnado” en la suegra de Pedro.

De este modo, el Señor ofrece la más perfecta respuesta a la pregunta de Job. Él participa en el dolor del hombre, lo comparte, lo enfrenta y lo vence. Su acción es

realmente salvífica, tanto que lleva a los habitantes de Cafarnaúm a apiñarse junto a la puerta de la casa de Pedro. Conmovido por el dolor de los hombres, Jesús cura a muchos enfermos y expulsa a muchos espíritus inmundos.

Pero lo que se nos ofrece no es solamente el panorama de los que sufren y pueden ser curados. En la segunda lectura, San Pablo describe la posibilidad que tiene el hombre de participar en la obra salvífica de Cristo, contribuyendo a contrarrestar el sufrimiento con una vida dedicada al incansable anuncio del Evangelio.

Como el Apóstol, cada cristiano es llamado a trabajar en la “viña del Señor”, en la Iglesia, para salvar “a cualquier precio” a alguno, curándolo, o sea, rogando al Señor que, si es útil para la salvación eterna, sane también hoy las enfermedades físicas, como ocurre aún en muchísimos casos. Además, se trata de cooperar en la curación de las enfermedades interiores y espirituales de quienes tenemos cerca. Con el ejemplo de vida –debe ser una vida de fe, una vida santa- estamos llamados a desafiar al mundo ofreciendo la alternativa de un estilo profundamente cristiano, capaz de dar una respuesta concreta al problema del mal, aun en las pruebas que hay que afrontar, pidiendo la fuerza del Espíritu para superarlas.

Entonces el sufrimiento, incluso del justo, puede realmente transformarse en “bendición”. Esto sucede si llega a hacerse ocasión para que Dios intervenga directamente en la vida del hombre. Para el hombre, si es ocasión de contemplar la “participación” y la proximidad de Dios en la propia existencia. Y, sobre todo, si es ocasión de completar en uno mismo lo que falta a los sufrimientos de Cristo y de participar así, misteriosa y realmente, en la obra universal de la salvación.

La Santísima Virgen María, experta en el sufrimiento, pero sobre todo en el significado del sufrimiento “junto” a su Hijo, nos obtenga de la Divina Providencia la luz y la fuerza necesarias para vivir cada circunstancia con la fe de su *stabat*, que la distinguió al pie de la Cruz.